

LA NOVELA FILM

N.º 70

30 cts.



HAZ BIEN...

HORNE, James W.

LA NOVELA FILM

Redacción

Administración

Lauria, n.º 96

BARCELONA

Año II

N.º 70

(A MAN OF ACTION, 1923)

Haz bien...

COMEDIA AMERICANA,
INTERPRETADA POR EL
SIMPÁTICO ARTISTA

DOUGLAS MAC LEAN



Exclusiva de L. GAUMONT

PASEO GRACIA, 66

BARCELONA

HAZ BIEN...

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

¡Pif! ¡Paf!

¡Sálvese quien pueda!

Pero no se alarmen demasiado. Se trata sencillamente de un par de hombres que dirimen una cuestión a puñetazo más o menos limpio.

Además, eso ocurre en el Oeste, esa tierra siempre tranquila, siempre respirando sosiego y paz... "Al revés te lo digo, *pa* que me entiendas".

Uno de los peleadores era Bill Stevenson, propietario, a medias, del rancho "O-Bar", cuyas razones eran de las que no admiten réplica.

El otro, es decir, su contrincante, uno de sus vaqueros, recibía golpe tras golpe sin poder colocar ninguno de los suyos en las narices de su principal, sintiéndolo en el alma.

No hacía más que dos horas que había comenzado la pelea, y ya tocaba a su término, porque tanto el que los daba como el que recibía los mamporros estaban ya fatigados.

Al fin, Stevenson suspendió la sesión de boxe, y, perdonándole la vida a su "enemigo", le dijo:

—¡Por esta vez, no sigo! ¡No se te olvide, sin embargo, que si te sorprende en otra ocasión haciendo uso de mi máquina de afeitar, te aseguro que dejaré a un lado las contemplaciones!

En tanto, por la carretera del lugar volaba más que corría una motocicleta. La carrera de la misma estaba en relación con la simpatía de su piloto, Jaime Enrique Tavish—Jimmy a secas para todos sus conocidos—, propietario de la otra mitad del rancho "O-Bar", el cual era un excelente muchacho que respiraba alegría juvenil por todos sus poros.

Jimmy se dirigía al rancho.

Durante la guerra, donde usaba el nombre de Pedro Ranson, se le había dado por muerto, y sus antiguas relaciones de la ciudad así lo seguían creyendo.

Stevenson y el vaquero ya no se disputaban, pero he aquí que el segundo se permitió decirle al primero:

—Oiga, bromas aparte, ¿no podré usar la máquina el jueves?

Stevenson, dándole un ataque, reanudó la pelea con el osado, al que echó a puntapiés de su cabaña, viéndole Jimmy salir tan finalmente, pues él llegaba frente a la misma en aquel instante.

El vaquero, ciego de ira por haber sido tan brutalmente tratado por Stevenson, se decidió

a tomar venganza de los golpes y de las patadas recibidas en último lugar, y, al efecto, echó mano del revólver que llevaba en el cinto, y avanzó lentamente hacia la casa, para disparar el arma contra el patrón.

A buen seguro que el vaquero se habría vengado de tan salvaje manera a no intervenir Jimmy, desarmándole y obligándole a huir, sin que Stevenson lo viera. Con gana de bromear, Jimmy no dejó de apuntar hacia el interior de la casa, a fin de asustar a su socio, que se dió maña en levantar las manos en señal de rendición.

Pero cuando Stevenson vió aparecer ante sí a Jimmy, la natural alegría le impulsó a hacer también un poco de boxe con él.

La calma volvió, porque no dura siempre la tempestad, y Jimmy, sonriente, preguntó a Stevenson:

—¿Qué le hacías a ese infeliz? Pues mira que si yo no llego a tiempo, te hace un agujero en la piel.

—Te debo la vida, chico. Te la pagaré cuando me sobren tres pesetas.

—He venido a despedirme, porque he decidido marcharme hoy mismo.

—¿Puede saberse por qué te alegras tanto de irte al Este?

—¡Oh! Es una historia larga de contar.

—Tengo mucha curiosidad por conocerla, Jimmy.

—Es la realidad misma. Mira. Esto es la conocida máxima "*Haz bien y no mires a*

quién". Eran las tarjetas que repartía el pastor en casa de Gladys Carpenter el día del cumpleaños de la muchacha. ¡Oh, aquellos cumpleaños!... Gladys era entonces tan bonita y tan simpática, que arrebatava los corazones



—Gladys era tan bonita y tan simpática...

de todos los chicos de Pixley. Julio, el hijo del coronel Ducklorth, se creía que en muchachas, en juguetes, y en todo, no tenía más que elegir, porque era el chico más rico de la ciudad. Yo, en cambio, no era más que "el po-

bre Jimmy", sin otro cariño ni otra protección que los de mi tío, el pastor Daniel Gordon, que me había prohibido. Julio le hizo a Gladys un buen regalo, que agradó mucho a la muchacha, y yo me puse triste porque era demasiado pobre para comprarle, a mi vez, algo. Pero en mi afán de no dejar sin un obsequio mío a Gladys, recordé que tenía un cuchillo, y sin vacilar se lo di. Era mi único tesoro, y renuncié a él por ella.

—No es muy bueno, ¿sabes?, pero la hoja vale un Perú—le dije.

"Gladys se puso muy contenta, y la alegría de ella molestó a Julio, que me tenía rabia porque comprendía que yo era el favorito de la gentil muchacha.

"Así que pudo cogerme a solas, Julio me dijo, tentándome:

—¡Vaya unos regalos que haces tú! ¡Mira que regalarle un cuchillo a una muchacha!

—Ella lo aprecia más que el tuyo—le respondí yo.

—Vamos, hombre, no seas iluso.

—¿Qué quieres decir?

—Toma un dólar, pobrete, y cómprale un regalo decente.

"Aquello era demasiada insolencia, y mi amor propio se rebeló de tal suerte que las narices de Julio podían dar razón de la fuerza de mis puños. Lo mejor fué que Gladys asistió a nuestra riña, alentándome para que le pusiera a Julio las narices en compota.

"Mi tío nos separó, obligándonos a reconci-

liarnos, pero el rencor quedó dentro del vanidoso Julio, tanto más cuanto que Gladys no reparó nunca más en nada y en nadie para demostrarme su predilección.

"Y así seguimos hasta que tuve diez y seis años. Después nos separamos.

"Cuando volví de la guerra y me instalé aquí, ni siquiera le escribí, pues primero quería hacerme digno de ella... Ahora creo que soy un hombre de bien, y voy a ver si ella me quiere".

—Todo eso es muy original, Jimmy. Supongo que en Pixley te recibirán hasta con banda de música.

—¡No lo creas! Nadie me hará mucho caso, a no ser el tío Daniel... y Ella.

—¿Pero es que tú estás plenamente convencido de que esa muchacha te está todavía aguardando?

—Así lo espero.

—Deja que me ría.

—Con tener esperanzas no se hace daño a nadie, ¿verdad?... y encuentro que es idiota reírse de ello.

—Bueno, Jimmy, no te enfades. Toma tu tarjeta evocadora de dulces recuerdos. Guárdala y no te olvides de practicar siempre esa máxima de "*Haz bien y te pagarán a patadas*". Así ganarás el Cielo.

—¡Ya lo creo que la practicaré!

La despedida de los "cow-boys" del rancho a su patrón, fué en extremo solemne.

Se dispararon infinidad de tiros en honor

del que partía, y se regaló a éste, en nombre de la colectividad, una cabeza de toro con un par de defensas fenomenales.

—Para su novia, patrón—le dijeron los bravos muchachos.

Al ir a subir al tren, Jimmy se fijó en los apuros que pasaba un viajero para hacer lo propio que él, cargado de numerosos paquetes, pues cuando no se le caía uno, se le deslizaba al suelo otro, y así hasta la eternidad a no intervenir aquél, para dar una mano al buen hombre.

Ya en el coche, Jimmy se sentó, casualmente, junto al viajero a quien ayudó a subir los paquetes, separándole de él únicamente el pasillo del vagón.

—El billete, señor, haga el favor.

Jimmy sometió al examen del revisor su billete que si bien tenía principio parecía no tener fin, por lo kilométrico, y entretanto el otro viajero perdía la paciencia buscando el suyo. Como, a pesar de su registro, no logró dar con el billete, y toda vez que el que Jimmy había enseñado al revisor era exactamente igual al que él compró, pretendió que era suyo.

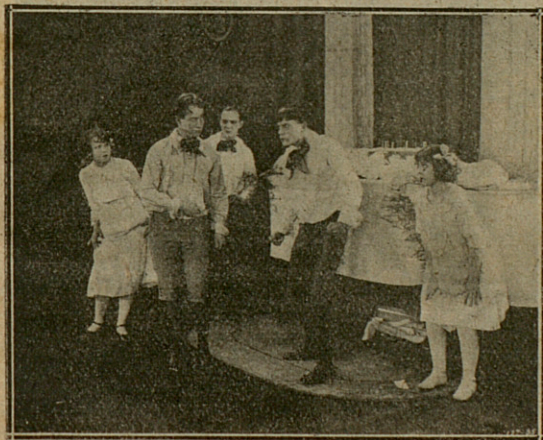
—Este billete es mío... Tenía precisamente el mismo tamaño y el joven me anduvo con los paquetes.

—¡Vaya una cosa! Si el recorrido que hemos de efectuar usted y yo, señor, es el mismo, en cuanto a kilómetros, no tiene nada de particular que el billete sea un acordeón.

—Repito que el billete es mío.

—Yo digo lo mismo, y allá veremos quién se cansa antes de repetirlo.

El revisor no sabía qué partido tomar, y afortunadamente, Jimmy vió asomarse por la badana del sombrero del excéntrico viajero, su billete, el billete idéntico al suyo, y tuvo



—Aquello era demasiada insolencia y mi amor propio se rebeló de tal suerte que las narices de Julio podían dar razón de la fuerza de mis puños.

una humorística inspiración.

—Voy a demostrar a ustedes, señores, que este distinguido caballero que pretende que yo me apoderé de su billete al ayudarle a me-

terle a él y sus paquetes en el tren, sufre una lamentable crisis de memoria. Un minuto de atención, y menos aún. Haga el favor, caballero, de su fieltro.

El viajero entregó a Jimmy el sombrero, y nuestro simpático protagonista imitó a los charlatanes que sacan un almacén de cosas del



—Repito que el billete es mío.

fondo de un vaso o de cualquier recipiente, y asombró a todos al hacer aparecer el billete.

El viajero no daba pie con bola, y Jimmy sintió que la aureola de la gloria ceñía su frente.

Al llegar a la estación de Sparta-Empalme,

Jimmy se apeó, y lo propio hizo el viajero anónimo, cada cual por su lado.

El tren para Pixley llegaría dentro de quince minutos, y mientras Jimmy esperaba en la estación, a poca distancia de donde él se encontraba había una señorita que aunque no lo parecía era miembro distinguido de la banda de Adams, que acababa de cometer una de sus múltiples fechorías.

Un niño de corta edad estaba con ella, llorando a partir el alma sin poder consolarlo la señorita. Ese niño era el que la banda había robado para obtener un buen rescate.

Jimmy, en vista del mal rato que pasaba la señorita buscando una solución para calmar al chiquillo, se acercó a ellos y dijo a aquélla:

—¿Puedo ayudarla, señora? Si usted quiere, le haré tonterías al pequeñín, a ver si se calla.

Jimmy lo probó todo, sin resultado a pesar de su buena voluntad, y, al fin, vistiéndose de "cow-boy", hizo filigranas con el lazo, y, además, recurrió a hacer el oso y hasta el burro, pasmando al viajero anónimo que lo estaba contemplando como si estuviera delante de un ser extraordinario, y haciendo saltar de alegría al niño.

La señorita de la banda, presa de serios temores, desapareció en tan buen momento hacia la carretera del lugar, reuniéndose con dos cómplices, que esperaban allí en automóvil, al mismo tiempo que llegaba el tren para Pixley.

Jimmy buscó por todas partes a la acompa-

ñante del chico, sin dar con ella, y buscándola perdió el tren.

Después, preguntó al jefe de estación si había visto a la señora que iba con el niño, contestándole aquél que salió hacia rato hacia la carretera de una manera muy extraña.

—¿Se tratará de un abandono?—se pregun-



...y, al fin, vistióse de "cow-boy", hizo filigranas con el lazo, y, además recurrió a hacer el oso y hasta el burro...

tó Jimmy.

Meditó unos instantes, y como la señorita no reaparecía, resolvió llevarse consigo al chico, ante lo cual el jefe de estación le dijo:

—Si no es suyo el pequeño, ¿por qué se lo lleva?

—Hay que hacer bien, amigo. Hay que hacer bien, sin mirar a quién.

Y Jimmy cargó con el niño, alejándose de la estación por la vía, y luego, a campo traviesa, llegó cerca de la carretera, a cuyo borde dejó al pequeño mientras él se escondió entre la vegetación para cambiarse de ropa.

El rapto del niño había sido descubierto y unos policías seguían de cerca a la banda de Adams, persiguiéndola en otro automóvil.

La señorita de la banda, que ya no era morena como cuando la vió Jimmy sino rubia y llevaba otro sombrero que la transformaba completamente, se apeó del "auto" con uno de sus cómplices, dejando el coche con el que representaba el papel de *chauffeur*, y ocultándose en el mismo sitio escogido por Jimmy para mudarse.

La policía también se detuvo e hizo una exploración a pie, encontrando a Jimmy con la señorita y el cómplice.

Pero, antes de que los agentes llegasen a sorprenderlos, la señorita, que comprendió que Jimmy no la reconocía, le suplicó a éste:

—¡Por favor, ayúdenos usted! ¡Ese que viene es mi padre, que quiere impedir que me fugue con mi Alfredo!

Jimmy, compadecido de los dos "fugitivos enamorados", recibió a la policía como le despidieron del rancho los "cow-boys", es decir, disparando el revólver, y, así, amedrentó a los

perseguidores de la banda, que se dieron prisa en desaparecer.

La señorita y el cómplice volvieron al *auto*, pero sólo partió ella, pues su amigo decidía quedarse en el hotel de la localidad, para des-



Y Jimmy cargó con el niño, alejándose de la estación por la vía.

cansar y ver de aligerar algún bolsillo, quedando en encontrarse en Pixley al día siguiente.

Jimmy fué a recoger al chico donde lo de-

jara, y con él se dirigió al mismo hotel donde confiaba operar el cómplice de la señorita, el Alfredo de la fuga de la novia.

Jimmy despertó al administrador del hotel, que dormía con las dos piernas sueltas.

—¡Vivo, hombre! Necesitamos una habitación para dos personas.

—Sólo dispongo de una habitación con dos camas, pero una de ellas está ya ocupada.

—Bueno, ¿qué se le va a hacer! Denos la cama disponible.

El vecino en cuestión era el mismísimo Alfredo, que vió a Jimmy al entrar en el cuarto, desapareciendo, para no ser reconocido, debajo del embozo de la cama.

La noche pasó sin incidentes para Jimmy y el chico, pero al despertarse comprobaron que no habían pecado por exceso de vigilancia, y dijo el mayor al menor:

—Vete abajo y dile al hombre del pupitre que suba. Alguien me robó la ropa y dejó esta en cambio.

El chico obedeció, en tanto que Jimmy registraba los bolsillos de la americana abandonada por el vecino que les deparara la "suerte" por una noche, y no encontraba en ellos más que una miseria de dinero.

—¡Pues señor! ¡Esto es casi la ruina!

El niño, subiéndose a un banquillo, denunció el robo al administrador del hotel:

—¡Oiga, un ladrón nos ha robado la ropa!

—¿Crees tú que por un dólar vamos tam-

bién a vigilar el guardarropa de los huéspedes?—respondió el tío fresco.

Jimmy no tuvo más remedio que ponerse la ropa del vecino y resignarse a marchar inmediatamente a Pixley, desde donde pediría fondos a su rancho.

El chico se interesó por la comida, tranquilizándole Jimmy con la promesa de que a pesar de no tener más que el dinero justo para trasladarse a Pixley, no le faltarían buenos bocados.

Aquel mismo día llegaron nuestros dos amigos a la ciudad donde en otro tiempo se deslizó la vida de Jimmy.

¡Qué alegría para él pisar aquel polvo tan querido!

Su primera visita fué para su tío, el Reverendo Daniel Gordon, pero pasó por el dolor de enterarse, por los nuevos inquilinos de la casa en que aquél siempre vivió, que el santo varón había muerto hacía dos años.

—Si va usted a ver al coronel Dücklorth, quizá podrá decirle algo de él, pues fué quien lo asistió en su enfermedad—añadió la señora que recibió a Jimmy.

Jimmy pensaba encaminarse en el acto a la casa del padre del antipático Julio, su rival en amores de antaño, pero el chico que lo acompañaba se quejó porque no había entrado en su cuerpo algo caliente desde la víspera.

Comprendiendo la razón del muchacho, Jimmy dejó para más tarde la visita al coronel,

y condujo al niño a un *restaurant*, lo instaló en una mesa, indicó al camarero que le sirviera al diminuto hombre lo que le pidiera, y él se marchó, quedando en regresar pronto, pues como no tenía dinero le interesaba ver cuanto antes al coronel y solicitarle algún crédito con cuantas garantías se desearan.

El niño no se quedó corto en la elección de las golosinas que le vinieron en gusto, y su apetito llamó la atención del viajero anónimo que conoció Jimmy en el Oeste, y que comía en el mismo *restaurant*.

El misterioso personaje pensó que algún día iba a encontrarse a Jimmy y al chico en la sopa.

Y Jimmy llegaba, entretanto, en casa del coronel, no siendo reconocido por éste.

—¿Quién es usted, caballero?

—¿No me conoce, coronel? Soy Jimmy Tavish.

—¿Usted Jimmy Tavish? ¿Cómo puede ser posible si Jaime Tavish fué muerto en la guerra?

—La noticia de mi muerte fué un *canard*. La prueba es que estoy aquí, a su lado, vivo y más fuerte que un roble.

—¡Eso es una mentira! ¡Ya comprendo! ¡Usted es un embustero que viene por el dinero de Daniel Gordon!

—Pero, coronel... Yo no sabía que mi tío hubiese dejado dinero...

—Sí, señor... El Reverendo, bien debe usted saberlo, heredó una fortuna hace cinco años

y la legó para ser repartida entre mi hijo y la señorita Gladys Carpenter.

—¡Palabra que no sabía nada de eso!

—¡Fuera de aquí! ¿Se cree que por decir que es usted Jimmy Tavish le voy a poner en sus manos el dinero?

—Lamento que me trate usted así, coronel. Le repito que soy Jaime Tavish.

—Sí, ¿eh? ¡Usted se va de la ciudad dentro de veinticuatro horas, o le hago detener por estafador!

—Yo sé que soy yo... y hay una linda señorita en la ciudad que lo sabe también.

El coronel no pudo evitar que el temor de perder la parte de la herencia que correspondía a su hijo se alzase en medio de sus sospechas acerca de la autenticidad del desaparecido Jaime Tavish, y pasó un mal rato.

Jimmy, ni corto ni perezoso llegó a la casa de Gladys, recibiendo su madre, que tampoco, a causa de no haberle visto desde chiquillo, le reconoció.

¿Tanto he cambiado durante mi ausencia? —se preguntaba Jimmy.

Y prefirió no dar su nombre, para enterarse de la situación en que se encontraba Gladys.

A tal objeto, se presentó como amigo de Jimmy Tavish.

—Me había usted asustado, joven—díjole la madre de Gladys.

—¿Por qué razón, señora?

—La verdad, al principio de hablarme de

Jaime Tavish, temí que viniese usted a decirnos que vive el novio de la infancia de mi hija. Esto sí que hubiera sido una grave complicación.

—¿Por qué, señora?

—No es que nos hubiera molestado el verle... pero Gladys hubiera perdido el dinero que le dejó Daniel Gordon... y además, ahora es la prometida de Julio Ducklorth.

—¡Ah! Le conozco por el nombre. Algunas veces me había hablado Jimmy de ese muchacho de papá orgulloso y rico.

—El chico...

—Sí... es un buen chico. Bueno, señora, he tenido sumo gusto en conocer a usted. No puedo esperarme...

—¿Volverá a ver a Gladys, para darle todos esos recuerdos de Jimmy, cuando luchaba con usted en el frente francés?

—Sí... volveré, señora.

Gladys se encontraba durante la entrevista de su madre con Jimmy, en las cercanías de la casa, tolerando ni muy a gusto ni muy a disgusto, la galantería de Julio, que pretendía su mano.

—Hago esto únicamente por complacer a mamá, Julio—le había dicho la muchacha—. Ya sabes que nunca he querido a otro hombre que a Jimmy.

—Pero, como Jimmy no puede volver, Gladys, y tú no creo que te quedes soltera toda la vida, he pensado que podríamos casarnos...

Toma... Te compré el anillo de compromiso. ¿Te gusta?

Gladys aceptó ese anillo, por cierto muy lindo, resignada a seguir adelante con Julio, pero sin decidirse a olvidar a Jimmy ni aun muerto.

Jimmy, al salir de casa de Gladys, tuvo ocasión de ver a su amada despidiéndose de Julio, y se le llenó el corazón de tristeza, alejándose rápidamente de allí sin ser visto por ella ni por su rival.

Después, enterado un agente de policía de los temores del coronel acerca de la personalidad de Jimmy, le siguió los pasos sospechando que fuera él también quien había raptado al niño que la policía andaba buscando.

Jimmy se dirigía hacia el Banco, seguido de cerca por el agente en cuestión, y en camino un automóvil de transporte de mercancías de una agencia, perdió, por efecto de un viraje, varios paquetes que saltaron del interior, y Jimmy, al ver junto a dichos paquetes al viajero anónimo que ya hacía rato había terminado de comer y se paseaba por Pixley para hacer la digestión, los recogió diligentemente, para entregárselos, con gran asombro por parte del buen hombre y desconcierto por la del policía.

Ni que decir tiene que el viajero anónimo abandonó en el arroyo los paquetes, puesto que no eran de su pertenencia, y que Jimmy le parecía cada vez más extraordinario... más sospechoso...

Julio y su padre comentaban juntos la pretensión del visitante de aquel día, y relevaron la carta que les mandó el notario del Reverendo Daniel Gordon, y que decía lo siguiente:

El testamento de Daniel Gordon, por valor de 50.000 dólares, lega ese capital a Jimmy Tavish, si lo reclama antes del 24 de mayo del corriente año; en caso contrario, esa fortuna será repartida entre Gladys Carpenter y Julio Ducklorth.

Julio miró instintivamente el calendario, y vió que sólo faltaba un día para que pudiese entrar en posesión de la mitad del legado del pastor.

Sin embargo, al igual que su padre, Julio no estaba tranquilo.

En el Banco, siempre vigilado por el agente de la secreta, Jimmy dijo en una ventanilla:

—Yo tengo mis propiedades en Montana y necesito dinero. ¿No podría girar una letra y negociármela ustedes en un momento?

Consultada la petición de Jimmy a los superiores, se le contestó negativamente.

En aquel preciso instante unos enmascarados hicieron irrupción en el establecimiento, revólver en mano, obligando un par de ellos a los empleados y clientes a levantar las manos, mientras el otro se encargaba de apoderarse de un maletín repleto de valores, que había en la caja de caudales.

Los ladrones consiguieron huir, pero Jim-

my, montando en una motocicleta, los siguió ardiendo en deseos de detenerlos.

Tal vez lo habría conseguido de otro modo, pero el caso fué que la providencia le ayudó con una desgracia, pues el coche de los fugitivos se despeñó, resultando heridos sus tres ocupantes: la célebre banda Adams.

Así, pues, Jimmy no tuvo más que intimar a aquéllos a rendirse, y a poco los entregó al director del Banco y a los policías que salieron detrás de él en persecución de los mismos.

Al reconocer a los novios que se fugaban del hogar, y a quienes protegió una vez, sin recordar, a causa del disfraz que llevaba aquel día, que ella era la señorita que estaba junto al chico que él se llevó de la estación del Empalme, Jimmy no pudo menos de decirles, reconociendo también el traje que le había robado el apócrifo Alfredo en el hotel:

—¡Vaya! Son ustedes unos listos. Por lo que veo, se dedican ustedes a fugarse muy a menudo. Pues, ahora van a verse privados por mucho tiempo de esa diversión.

El rasgo de Jimmy indicó a la policía que él no era la mala persona que se suponía, y lo dejaron en paz, felicitándole por su comportamiento.

Bromeando con el director del Banco al tiempo que le devolvía el valioso maletín, Jimmy le preguntó:

—¿Y ahora me pagarán la letra sin marearme?

El director sonrió, dando a entender que

no sólo una letra sino las que quisiera estaba dispuesto a negociar.

* *

En la mañana del 24 de mayo, Jimmy Tavish, que para no ser reconocido por Gladys había dado su sobrenombre de la guerra a los periodistas, era el hombre del día, pues todos los periódicos relataban su ejemplar conducta deteniendo a la temible banda Adams.

Gladys, que compró un periódico, vió en primera página el retrato de Jimmy, y se lo enseñó a su madre, loca de alegría.

—Parece ese joven que vino ayer y que se decía amigo de Jimmy... — opinó la buena mujer.

—¡Mamá, es el propio Jimmy en persona!

—exclamó la novia fiel.

—¿De veras?

—Voy a saberlo más seguro aún... porque voy a verle.

La madre pretendió oponerse, pero Gladys, renunciando a todo con tal de encontrar el amor de siempre de Jimmy, siguió el dictado de su corazón.

A poco, Gladys formaba parte de la manifestación de simpatía que se celebraba frente al hotel donde se hospedaba Jimmy con el chico.

El director del Banco le expresó en público, al héroe, el agradecimiento del Consejo de Administración del Banco y la admiración general del pueblo, y terminó diciendo:

—Hemos votado como recompensa para el señor Pedro Rinson la suma de mil dólares.

El coronel se adelantó a Jimmy, y severísimo y también públicamente le preguntó:

—¿De modo que confiesa usted ser Rinson y no Tavish... es decir un estafador que buscaba el dinero del señor Gordon?



Así, pues, Jimmy no tuvo más que intimar a aquéllos a rendirse.

La situación era sumamente comprometida. Julio, el antipático Julio, también estaba allí, junto a Gladys, que acababa de llegar y que se presentó en el acto a declarar en favor de su verdadero novio.

—Jimmy, yo te conozco. Di la verdad, ¿no eres Jimmy Tavish?

Jimmy miró las manos de Gladys, y como vió en uno de sus dedos el anillo de compromiso, no quiso declararse como quien era, sino como Pedro Rinson, y dijo a Gladys:

—Se equivoca usted, señorita. Soy Pedro Rinson, de Montana.

El policía que anduvo siguiendo a Jimmy, dijo, a su vez, abriéndose paso entre todos:

—¡Usted es el jefe de los bandidos! ¡Sus compañeros, que están en la cárcel, lo han confesado!

Un empleado del hotel gritó:

—Señores viajeros del tren para el Oeste! ¡El ómnibus espera a la puerta!

Jimmy buscó la manera de desaparecer de allí para alcanzar el tren que lo conduciría al Oeste otra vez, pero en aquel momento se presentó en escena el chico, y su madre, que estaba en aquel hotel con la policía que lo buscaba, gritó:

—¡Hijo mío!... ¡Mi hijo!

El compromiso de Jimmy era cada vez mayor, pues también se le acusaba de ladrón de niños, y nadie, excepto Gladys parecía dispuesto a escucharle y a creerle.

Para colmo de desgracia, el viajero anónimo también le acusó:

—¡Yo vi cómo cogió al pequeño de los brazos de su madre!

Jimmy protestó que era inocente.

—¡Yo no cogí al niño para robarlo, lo juro.

Pero ahora no puedo perder el tiempo en explicaciones. Vine aquí por algo que ya no existe... y me marchó de nuevo a Montana. ¡Pronto, abran paso!

La policía hizo frente a Jimmy, y, acorralado, hubo de rendirse, y el buen muchacho pasó por la vergüenza de sentir en sus muñecas el frío contacto de las esposas de los delincuentes.

El chico se resistía a ir con su madre y tendía sus bracitos a Jimmy, pero no le permitieron que lo besara.

El coronel y su hijo gozábanse en la desgracia del falso Pedro Rinson, y Gladys, dolorida, insistió, suplicante, en afirmar que Pedro Rinson era el mismo Jimmy Tavish.

—¡Jimmy, díles la verdad!... ¡Hazlo por mí!

—Gracias por su interés, señorita, pero soy Pedro Rinson.

Y Jimmy fué conducido a la cárcel, sin haber perdido la esperanza de que el que hace bien bien halla.

El único pesar que el inocente experimentaba, era el de creer perdida para siempre a Gladys, que se casaría con el idiota de Julio.

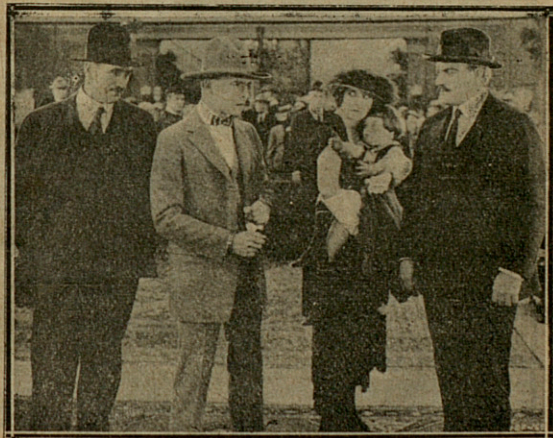
Por un momento arrojó de sí con desprecio la tarjeta con la máxima que estimulaba al bien, considerando que sólo calamidades le había acarreado su bondad. Pero serenóse al instante, y aun tuvo gana de bromear con la banda de Adams, que estaba encerrada en tres celdas situadas frente a la suya.

Unas horas después, el rumor de una música

que se iba acercando, llamó la atención de Jimmy, y cuando vió que le abrían la reja de su encierro, preguntó asombrado:

—¿Van ustedes a ahorcarme con bombo y platillos?

Nada de eso. El director del Banco le esperaba en las escaleras de la cárcel, teniendo



...y el buen muchacho pasó por la vergüenza de sentir en sus muñecas el frío contacto de las esposas de los delincuentes.

a su lado a Gladys más risueña que nunca.

—Señor Tavish, la ciudad desea presentar-le sus excusas—le dijo el director.

—Acepto las excusas, pero no soy Tavish, sino Pedro Rinson—respondió Jimmy.

Entonces Gladys enseñó a Jimmy los dos telegramas siguientes:

Gladys Carpenter—Pixley

Jaime Enrique Tavish salió del rancho hace cinco días para Pixley. Si no lo quiere usted, devuélvalo. Stevenson.



—¡Jimmy, diles la verdad!... ¡Hazlo por mí!

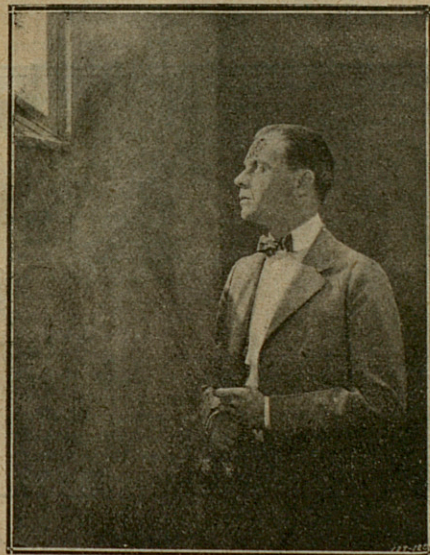
Gladys Carpenter—Pixley

Jaime Enrique Tavish, dado por muerto, fué encontrado más tarde en un hospital, donde se hallaba herido gravemente. Departamento de Guerra.

Aun delante de tales pruebas, Jimmy negó ser Jimmy.

—Siento tener que desengañar a usted, señorita, pero soy Pedro Rinson... Ahora que si usted quiere, diré que me llamo Jimmy Tavish.

Mas he aquí que, de pronto, Jimmy se fijó



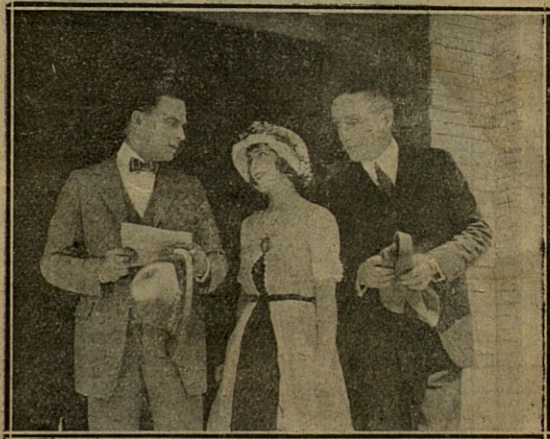
El único pesar que el inocente experimentaba, era el de creer perdida para siempre a Gladys...

en que Gladys ya no llevaba el anillo de compromiso que le regalara Julio, y como comprendió que la muchacha había adivinado el

inconveniente que el significado de dicho anillo oponía a la declaración de su personalidad, fué vencida su terquedad.

—Sí, yo soy Jimmy Tavish. ¡Ahora sí!

El viajero anónimo de marras se aproximó a la feliz pareja, y dijo a Jimmy, estrechándole la mano:



—*Siento tener que desengañar a usted, señorita, pero soy Pedro Rinson.*

—¡Ya sabía yo que era usted una persona decente!

El buen hombre cambiaba de parecer como de camisa, es decir, mucho más a menudo.

Huelga hacer alusión al disgusto que tuvieron que tragarse el coronel y Julio al ser de-

rrotados precisamente el día en que debía cobrarse la herencia. No quieran ustedes encontrarse nunca en un caso parecido, pues consideramos que ello es bastante para hacer perder el apetito a uno para el resto de sus días.

Como la pareja necesitaba mucha calma, porque tenía mucha prisa por decirse cuatro cosas al oído, se alejó hacia la florida casita de la prometida, y en tanto, el viajero anónimo se reveló graciosamente.

—Señoras y caballeros. Ahora que tengo la suerte de verlos reunidos, voy a ofrecer a ustedes mi quitamanchas ideal.

¡Lagarto! ¡Lagarto! Era charlatán.

FIN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

Pida usted LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRAFICA
BIOGRAFÍA DE «ESTRELLAS» DEL CINE

Números publicados. — 1, Alice Terry; 2, Rodolfo Valentino; 3, Lillian Gish; 4, Antonio Moreno; 5, Gloria Swanson; 6, Tom Mix; 7, Viola Dana; Próximo número, jueves, Milton Sills.

PRÓXIMO NÚMERO

LA GRANDIOSA NOVELA

El Hombre de la Montaña

SUPERPRODUCCIÓN EXCLUSIVA DE

PRÍNCIPE FILMS

SDAD. LDA.

INTERESANTÍSIMO ASUNTO

Postal regalo:

OWEN MOORE

32 Páginas

10 Fotografías

PRECIO 30 CTS.

**LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.**

**Colecciones completas y números
sueltos atrasados a precios corrien-
tes, de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.
Barbará, 16 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España**

